

## EL FUTURO DEL NAZISMO CHILENO

La sola idea que exista nazismo en Chile parece una contradicción en sus términos. Cuesta convencernos que puedan prosperar estas doctrinas entre nosotros. Un país que los “arios” desprecian por estar perdido en las antípodas y también por su dudoso carácter mestizo. Sin embargo, como han explicado una serie de publicaciones recientes, la realidad nazi y sus perniciosos efectos ha existido en Chile. Por eso me parece que debemos preguntarnos seriamente si el nazismo tiene algún futuro entre nosotros.

No necesitamos de la imberbe reunión de hace algunos meses para recordarnos la realidad del funcionamiento de grupos nazi en nuestro país. Como demuestran por lo demás Víctor Farías (LOS NAZIS EN CHILE Editorial Seix Barral, Barcelona, 2000) y María Soledad de la Cerda (CHILE Y LOS HOMBRES DEL TERCER REICH, Editorial Sudamericana, Santiago, Chile 2000) en sus libros, el nazismo chileno tuvo una fuerza mayor que la que exhibió en otros lugares del mundo. Desde luego es curioso notar que el más reciente libro de María Soledad de la Cerda no cita la obra de Víctor Farías que siendo anterior trata el mismo asunto. Es que en Chile a veces se presume que para escribir sobre un tema hay que tratarlo por primera vez y además hay que monopolizarlo hasta su agotamiento. Pero salvada esta observación los estudios de ambos investigadores se fundan en documentos norteamericanos, en informes oficiales algunos de investigaciones de Chile y en toda clase de antecedentes del tercer Reich. Allí consta que personas con nombres de algunos de nuestros actuales políticos y parlamentarios, académicos y también prestigiosos profesionales han estado vinculados al nazismo. Los antecedentes dan cuenta de su actividad directa, por lo menos hasta mediados de los años ochenta. Los datos comprometen a muchas personas que todavía ocupan posiciones de relevancia política, social y económica. Incluso más, como me recuerda un amigo historiador el libro “Mein Kampf” es uno de los más reproducidos en las ediciones “pirata” que actualmente han desolado nuestro panorama editorial.

Por contraste con la doble descripción del exitoso fenómeno del nazismo en Chile se nos presenta la también reciente publicación de la crónica de Judith Klein (SEMILAS DE DIOS UNA MEMORIA DE AUSCHWITZ, Editorial Aguilar, Santiago, Chile 2000). Ella como sobreviviente de Auschwitz, escribe para que no olvidemos. En todo caso, llama la atención al comparar la obra de la señora Klein y los documentados textos de Farías y De la Cerda, que la primera luego que emigra a Chile no expresa comentario alguno sobre los rastros del nazismo en nuestro país. Esta falta de concordancia puede tener varias explicaciones. Puede ser que el nazismo en Chile a la llegada de la señora Klein ya se había hecho clandestino. Puede ser también que Judith Klein ve en Europa, en las invasiones anteriores y posteriores al nazismo y en su estadía en los campos de concentración, horrores tan inolvidables que nada puede asemejarse a ellos. De hecho ella nos cuenta como vio morir a sus padres y a otros amigos y familiares y explica como debió practicar un aborto a su propia hermana y a otras personas para salvar su vida. Y sobre este mismo punto del carácter único de la experiencia nazi recuerdo también la visita del penalista Klaus Roxin a Chile. El afamado profesor

Pablo Ruiz-Tagle Vial

en una de sus conferencias planteó la tesis que en ciertos casos podía eximirse el castigo de delitos graves, tales como los cometidos por criminales nazi en la experimentación con seres humanos. Ese perdón excepcional sólo podía justificarse si existía la convicción que esos crímenes serían únicos y que no volverían a repetirse. La pregunta que formulé entonces al profesor Roxin me sigue dando vueltas: ¿Y si el nazismo en vez de repetirse en su lugar de origen y en toda la sistemática consistencia de su maldad, se repite en otro lugar del globo, de manera fragmentaria, incompleta, digamos a la chilena?

Cuando pienso en esta reproducción imperfecta de un nazismo a la chilena no pienso en la fantasmagoría literaria que recrea en su obra maravillosa Miguel Serrano. Tampoco pienso en las disquisiciones un tanto indigestas de Erwin Robertson y otros locales que abogan por ciertos rasgos propios de un nazismo “sudaca”. Desde luego ellos dicen compartir con el nazismo original una idea jerarquizante, corporativista, tradicionalista y de intervencionismo estatal, pero argumentan que en Chile el concepto de racismo se percibe distinto al concepto “ario”. ¡Era que no! Y para explicar sus diferencias los nazi chilenos sostienen por ejemplo, que se sienten interpretados por las abstrusas nociones de Nicolás Palacios sobre el supuesto carácter superior de la mezcla goda y mapuche. Sin embargo, respecto a estas ideas nosotros estamos tranquilos porque hemos comprobado que nada duradero ha salido de esa confusión. A lo más estos desvaríos terminan en un congreso nazi local que asume la forma de una conversación privada y en que sus líderes son detenidos por extender cheques sin fondo. Nada serio de que preocuparnos.

En cambio, cuando pienso en el futuro del nazismo chileno, me imagino todos esos estudiantes a quienes se nos ha enseñado la historia de Chile a través de los escritos de Francisco Antonio Encina, Alberto Edwards y otros historiadores afines. Porque junto con reconocer su brillantez y sus méritos quiénes los hemos leído con cuidado sabemos que el primero de ellos hace suyas doctrinas racistas y que ambos abogaron por la necesidad de un jefe que de manera autoritaria dirija la política chilena. También pienso que en nuestro país nos hemos acostumbrado a vivir en ciudades segregadas. Me preocupa ver casas, plazas, clubes, supermercados, playas, capillas, colegios e incluso, así llamadas universidades, que pretenden asegurar homogeneidad económica, social, cultural, religiosa y racial. Constató asimismo, como nos hemos acostumbrado a ver parte de nuestras fuerzas armadas lucir con orgullo un casco que en todo el mundo civilizado (sobretudo en su país de origen) se percibe como el símbolo de un estado policial. Reflexiono como entre nosotros muchas veces se trata con desprecio a las minorías étnicas y se mira con engreimiento ridículo a los países vecinos. Veo a su vez como la falta de una red de protección y la amenaza que sufre la clase media chilena de pauperización, es también un caldo de cultivo para el nazismo. Y pienso en un sistema político que se acostumbró a la exclusión. Primero prohibiendo en forma directa ciertas doctrinas. Después, cuando la censura no pudo mantenerse, la prohibición se consolidó por medio de mañosos mecanismos electorales. En fin, no pretendo ser exhaustivo, pero en este contexto auguro larga vida al nazismo chileno.

Quizás por eso, es que ante la disyuntiva de tener que elegir entre las tres obras que de una

Pablo Ruiz-Tagle Vial

manera tan disímil hacen referencia al nazismo local, y a pesar de sus explicables omisiones, yo me quedo con la obra de la señora Klein y su testimonio. Es cierto que los listados nazi y el recuento de eventos que describe Víctor Farías son impresionantes. Lo mismo puede decirse del producto agregado que constituye el reportaje de María Soledad de la Cerda que nos muestra individuos vinculados a ideas nefastas y sus actividades de espionaje que suponen una manipulación de personas que parece no tener fin. Sin embargo, ambos textos desgraciadamente ocultan el verdadero sentido de lo perverso. Eso sí está presente en los escritos de Hannah Arendt, que nos explica como el nazismo, en su aspecto más lamentable y totalitario arruina el sentido de nuestra personalidad porque hace que las acciones más crueles sean imperceptibles e incluso banales. Y es precisamente lo que encontramos en Judith Klein que nos revela la vida de un ser humano que después de haberlo perdido casi todo y luego de enmudecer por varios años, decide contar sus horrores. Es entonces su relato lo que permite que ella recupere simultáneamente con nosotros, el valor y el sentido de nuestra dignidad.